



RESEÑA

Microtextualidades
Revista Internacional de
microrrelato y minificción

Realizada por:

Jaime VILARROIG
Universidad CEU Cardenal Herrera
ORCID: 0000-0003-2612-475X

Directora
Ana Calvo Revilla

Editor adjunto
Ángel Arias Urrutia

Marcin Kazmierczak, *El narcisismo y la resiliencia en la obra de Ernesto Sábato*. Pontevedra: Academia del Hispanismo, 2016, 152 pp. ISBN: 978-84-16187-50-8

Número 9, pp. 97-101
ISSN: 2530-8297



Este material se publica bajo
licencia Creative Commons:
Reconocimiento-No Comercial-Sin
Derivadas
Licencia Internacional
CC-BY-NC-ND

El profesor Marcin Kazmierczak nos guía a través de estas breves páginas por la obra literaria de Ernesto Sábato, estrella de primera categoría en el firmamento de las letras hispanoamericanas pero quizá algo preterido en los últimos años (19). Y sin embargo, sus temas y reflexiones siguen siendo atinadas y oportunas, puesto que el hombre mismo no cambia. Tras unas breves cuestiones metodológicas (necesarias para entender la perspectiva del libro), se relata brevemente la vida del escritor argentino (niño traumatado, físico teórico, comunista, y definitivamente escritor empeñado en profundizar en el oscuro misterio de la existencia humana (27). El estilo de Sábato está encuadrado entre el surrealismo y el existencialismo (29) y rehúye toda concepción de la literatura como mero esteticismo (Borges) para proponer en cambio una literatura comprometida con la causa del hombre (33). El resto del libro se dedicará a examinar las tres grandes novelas del escritor argentino en primer lugar, y en segundo lugar a revisar toda su obra desde el concepto de resiliencia.

El túnel fue la primera novela de Sábato, y en ella se nos presenta la soledad existencial de Juan Pablo Castel. En el fondo, la novela entera es una denuncia de la deshumanización y pérdida de ligámenes interpersonales del mundo moderno (35). El protagonista es un modelo de hombre narcisista (el joven griego del mito que se ahogó mirándose espejado en el agua), con toda su carga de ambivalencia porque, mientras se siente superior a los demás, a la vez no cesa de buscar la aprobación externa para sentirse bien consigo mismo (39).

Kazmierczak propone como claves de lectura de esta novela el existencialismo y el psicoanálisis, tan presentes en la obra de Sábato (41). Por ejemplo, el existencialismo está presente en las dos formas de nihilismo que presentan los dos protagonistas: Castel y María, aunque el de esta segunda sea menos desgarrador (43). El trágico destino de este moderno Narciso, que es Juan Pablo Castel, es el de aniquilar al objeto de su afecto (su novia) precisamente para no tenerlo que compartir (44). Si la vida humana para Sartre provocaba una náusea, para este primer Sábato será semejante al recorrido que hacemos por el interior de un túnel del que no se atisba la salida (45). Y sin embargo también cabe hacer lecturas positivas de todo ello: la necesidad patológica de amor del protagonista quizá apunte a la necesidad humana básica de amar y saberse amado, como certeramente apunta Kazmierczak (46). El psicoanálisis está presente en la obra en la ausencia significativa del padre, que ni siquiera se nombra (47). El caso es que mientras Freud propone renunciar definitivamente a un padre protector que nos brinde consuelo, Piper propone tomar en serio la hipótesis para conjurar el absurdo de la existencia (48).

La novedad más notable en la interpretación que nos propone Kazmierczak para comprender mejor *El túnel* es la comparación de la novela con la *Sonata a Kreutzer*, de Tolstoi, no apuntada antes por ningún crítico (50). Hay una analogía evidente en el hilo argumental, que va de Eros al Tánatos: de un amor pasional y enfermizo a la muerte de la amante; pero mientras el protagonista de *El túnel* no muestra arrepentimiento, el de la *Sonata a Kreutzer* parece buscar una posibilidad de redención (53). Pero si hay una diferencia notable entre ambas novelas es que mientras Tolstoi es un moralista, Sábato es un existencialista (56). Podríamos apuntar que quizá la crisis existencial que reflejan estas novelas están presentes igualmente en los tristes casos de violencia familiar que cotidianamente salpican las portadas de los noticieros.

La segunda novela de Sábato analizada por nuestro autor es *Sobre héroes y tumbas*, novela que merecería ser leída aunque solo fuese por el título, pero que además es una obra que ha sido calificada de “novela total” por la variedad de estilos, temas, perspectivas y personajes (60). La obra se centra en la relación entre Alejandra y Bruno, y llega a su cénit cuando el protagonista descubre las relaciones incestuosas de su novia con el padre de ella (61). En esta obra se suprimen las categorías narratológicas de tiempo (62); y aunque el espacio central es un Buenos Aires deshumanizante hay una evidente indefinición entre el espacio real y el onírico (63). Aquí el protagonista, con rasgos evidentes de Sábato (68) tiene traumas de infancia: es un hijo no querido que califica a su madre de cloaca (64); también su novia tiene su parte al ser víctima de abusos (65); y el padre de ella, Fernando Vida Olmos, es el antihéroe por excelencia (66). El gran tema de la novela es la soledad: quizá peor que encontrarse con el infierno de los otros (Sartre) sea encontrarse con el infierno de estar irremediamente solo (69).

El memorable capítulo del “Informe sobre ciegos” tiene una evidente lectura psicoanalítica que arroja algo de luz sobre la búsqueda del origen del mal que dicha búsqueda representa (72). Y sin embargo, en este ambiente tan asfixiantes también hay ocasión para la esperanza. Por un lado porque el protagonista se dirige a Dios en la búsqueda angustiada por un sentido del sufrimiento humano (75); por otro lado, porque Dios se presenta de modo inesperado bajo la forma de una joven madre en la miseria que, a pesar de todo, es feliz: “Tengo el nene (...). Después están las flores, los pájaros, los perros, qué sé yo. ¡Es tan lindo vivir!” (77). Tras este encuentro el protagonista decide cambiar y empezar una nueva vida.

Abaddón el exterminador es la tercera y última novela de Sábato. En ella el surrealismo y complejidad se acentúan: hay cambios de tiempo, de narrador, de espacio. Sábato mismo se incluye como personaje y hay elementos evidentes de intertextualidad. Tanto el arranque como el cierre evocan el asesinato de Marcelo Carranza (82). El profesor Kazmierczak propone la metamorfosis kafkiana como metáfora aclaradora de lo que le pasa al protagonista que, en lugar de sentirse como una cucaracha, se siente como una rata (83). El protagonista, como Sábato, escribe “para eternizar algo (...). Acceder a lo absoluto” (84).

Parecería que después de las dos obras anteriores en esta novela habría un mayor espacio para la esperanza, pero no es así (85); quizá influyera en el ánimo del autor la carrera nuclear de aquel entonces (87). Aquí es donde Sábato, con cierto aire de maniqueísmo gnóstico, se pregunta si no será que el diablo tiene a Dios encadenado y por ello triunfa el mal en el mundo. Y sin embargo, el silencio de Dios ante el mal en el mundo no constituye para Sábato una prueba de su inexistencia, sino un motivo para espolear con mayor fuerza la pregunta, como Job (90). Podríamos interpretarlo así: si el mundo careciera absolutamente de propósito y de sentido último entonces el mal no sería percibido como tal, sino como el puro discurrir de una trama absolutamente natural; pero si el mal es percibido en todo su horror como algo que no debería ser, entonces es porque el mundo es mucho más que la mera suma de los hechos naturales que lo componen, y apuntan con todo a un sentido último.

La última parte del libro que comentamos se dedica a presentar la virtud contemporánea de la resiliencia, a la luz de los textos de Sábato. La resiliencia consiste en la capacidad de sobreponerse en la vida a eventos traumáticos, y es un concepto directamente tomado de la física de los materiales (94) (razón esta última, sospechamos,

por la que no le hubiera gustado la palabra a Sábato, dado que puede interpretarse como un paso más en la deshumanización que tanto denunciara). Sábato se fija con especial detalle y cariño con aquellas personas que salen adelante en medio de la adversidad (93): por ejemplo la pobre madre joven que hace al protagonista de *Sobre héroes y tumbas* abandonar la idea del suicidio: goza de su maternidad, de su trabajo y de las pequeñas cosas que conforman el mundo (97, 98). Los expertos apuntan una evidente conexión entre resiliencia y fe (o mejor, esperanza) religiosa, como es el caso también aquí (100). Bucich, el camionero que conduce al protagonista de la misma novela hacia su nueva vida también es un ejemplo de persona resiliente, cuyo trabajo de transportista en la inmensidad de la pampa tiene un algo que recuerda a Sísifo (102). Al final, aunque el hombre sea débil, se trata de propiciar la conveniente metanoia que desde una situación previa y con un desencadenante apropiado, haga al ser humano tomar conciencia de sus posibilidades y albergar la esperanza (106-109). Podríamos añadir aquello que V. Frankl recordaba en el campo de concentración: lo que no me mata me hace más fuerte.

En esta sección Kazmierczak analiza también los profundos ensayos de Sábato, en los que afirma el pensador argentino que no se puede vivir sin héroes, santos ni mártires (114). En primer lugar analiza la obra *Antes del fin*, memorias vitales en la que sí que se da una evidente apertura a la esperanza, porque están escritas para aquellos que se preguntan por qué viven (115). Para Sábato el escritor ha de ser la conciencia de una sociedad deshumanizada, en la que los comunistas le tildarán de reaccionario por su defensa de la libertad, y los poderosos lo tildarán de comunista por su anhelo de justicia (120). Sábato es un decidido crítico de la modernidad ya desde sus primeros ensayos (*Hombres y engranajes*): desde el Renacimiento el ser humano ha cultivado un sentimiento de orgullo propio que ha desembocado en la tecnolatría, el racionalismo, el materialismo y el individualismo (122). Y el diagnóstico es grave: “Los jóvenes lo sufren: ya no quieren tener hijos. No cabe escepticismo mayor” (124).

Sin embargo, hay cierta conexión entre el dolor y la trascendencia. Quizá fuera la muerte de su hijo lo que más espoleara a Sábato en este sentido (124), pero es evidente que hacia el final de su vida se abrió a la posibilidad de fundar su esperanza en Dios (125, 128). Su último libro de ensayos, *La resistencia*, es otro hito en este camino hacia la esperanza. Se nos propone una lectura de la resistencia en términos de resiliencia (131); aunque los psicólogos no estarían de acuerdo entendemos que la rehumanización del lenguaje en lugar de la invasión del mundo propio de lo humano por términos procedentes de la ciencia de las cosas ya es un primer paso. En estos ensayos dirigidos a los jóvenes se realiza una aguda crítica a la sociedad postmoderna en la que destaca toda la fuerza alienadora de la televisión, opio del pueblo, que hace “lerda a la mente y perjudica el alma” (133). El advenimiento de internet no ha mejorado las cosas en este sentido, y no hubiera cambiado el diagnóstico del escritor argentino. De nuevo se lamenta la ausencia de Dios, no sustituida por nada que valga la pena (136) y se define el empobrecimiento de una cultura cuando esta comienza a calificar a los mitos como falsedades (135). En su última reflexión sobre su labor en la Comisión Nacional de la Desaparición de Personas, donde se denunció la brutal actuación de las juntas militares, Sábato atisba de nuevo la esperanza al cifrar la salvación del hombre cuando uno “pone su vida en riesgo por el otro hombre” (138).

Esta obra de M. Kazmierczak está destinada tanto a los conocedores de la obra de Sábato como a quienes apenas sepan algo de él. A quienes ya la conozcan les ofrecerá una interpretación académica y bien fundamentada desde la crítica literaria de sus líneas

principales. A quienes no la conozcan les forzaré a buscar y leer la obra de esta cumbre de las letras, que escribió pensamientos imperecederos tales como: “El mundo nada puede contra un hombre que canta en la miseria”.